

La ofensiva contra las Fuerzas Armadas

Señor Director:

No hace mucho el Señor Director nos permitió referirnos a los móviles verdaderos de la ofensiva marxista sobre nuestras Fuerzas Armadas. El transcurso del tiempo no ha hecho otra cosa que aseverar en grado sumo nuestras sucintas observaciones. Siguiendo a pie juntillas la siniestra y atea prédica, trabajan sin cesar en la desorganización moral de la Fuerza con el fin de obtener la tan manida revolución o la dictadura del proletariado, preceptos —se supone— ajenos absolutamente a nuestras costumbres y a nuestras libertades.

La prepararon y la lograron en el campo cultural-intelectual con el beneplácito de gobiernos tibios y erráticos que canjearon paz sindical por entrega total de la enseñanza. ¿Alguna duda nos queda que ella se encuentra en manos de agitadores y propagandistas rojos? Sin embargo, la prepararon pero cayeron derrotados en los campos orientales y en todos y cada uno de los sinuosos laberintos ciudadanos, elegidos por la guerrilla como teatro de operaciones. He ahí su clavada espina; he ahí el verdadero móvil de su invectiva, que no entiende de descanso pero sí de venganza y de puños y gargantas crispados. Añoran, sueñan e imaginan la derrota final castrense y con la eliminación de todo vestigio nacionalista en los cuarteles. Milicias populares que le llaman.

Hoy en el gobierno van por más; ya no alcanza, ya no se conforman con aquellos logros mediáticos, culturales e intelectuales; van por más. Y van por más, digo, porque están increíblemente reescribiendo la historia. Hacen creer a los jóvenes y lo plasmarán en los textos de estudio, que la guerra desatada y librada por la invasión moral y material marxista

—en todos los frentes y en todas las circunstancias— sobre un gobierno libremente elegido, fuera injusta y salida de un plan maquiavélico orquestado por un conjunto de generales insurrectos. Se calla groseramente la responsabilidad de los partidos políticos, la criminalidad de los procedimientos guerrilleros y la ofensiva definitivamente delineada en la tirana y lejana Cuba socialista. Les sirve asimismo como dulce éter y como calmante mediático para que los más extremistas se alineen y callen.

Con la extradición planteada y hasta acelerada ahora, van por más también de la mano de una ministra que no entiende un ápice de formación militar y de honor; más bien —cuando se la encuentra— trasluce un sentimiento de desquite y enfremamiento funestos, fruto de su descreimiento para con el sentir de la fuerza y del haber tomado un cargo y una responsabilidad para el cual jamás soñó ni se preparó.

Fue por mucho más el senador que interfirió irónicamente —ubicado éste siempre donde calienta el sol— y presionó una vez sí y otras también, sobre supuestas decisiones independientes de la SCJ. Este buen hombre, —oportunista si lo hay y, repito, eterno oficialista— abrumado por su innato rencor, supo de antemano la decisión final de la Corte —en cuanto a la vergonzosa extradición de militares a Chile— y hasta se lo comunicó a sus colegas de la Cámara como todo un símbolo de poder y de arrogancia. Se supone que aquella decisión, aquel fallo, aquel tético dictamen de la SCJ, debió ser secreto hasta última instancia; allí está, allí apareció presuroso a gritar su victoria y exhibir su trofeo de guerra al ver humillado, vilipendiado y mancillado el uniforme militar.

Van por más también, porque al influjo de la senadora chilena Freí, dejó nuestro país que se entrevistara y que interfiriera con miembros de la SCJ, dejó trabajar libremente y hasta con compra comprobada de voluntades, a agentes de investigación chilenos en suelo patrio, logró tener por trece años a los oficiales involucrados en los titulares de prensa y —como corolario— ofrece la cabeza de militares uruguayos a la novel presidenta de Chile. Imagino que la Sra. Bachelet, no habrá pensado al llegar a Montevideo "Veni, vidi, vici"... sin embargo se habrá marchado feliz con un: "vine, vi y me los traigo" y presurosa nos marcará a fuego nuestra penosa derrota, primera y única extradición, que amenaza con ser el principio del fin. Todo esto —quieren hacernos creer— como un conjunto increíble de situaciones casuísticas que no admite el menor de los análisis posibles. Se trata entonces, lisa y llanamente de la muestra más diáfana de la venganza y del odio marxista, con el agravante de que ahora, sus viejos y renovados cuadros disponen de todos los resortes del poder estatal

La extradición de militares absueltos por nuestra Justicia (*¿Justicia?*) —un día colocados dentro y otro día fuera de la Ley de Caducidad— es tan sólo un eslabón más de la larga cuenta de agresiones subversivas; aun, como no tienen resistencia, seguramente seguirán otras y tal vez éstas, acompañadas por alguna declaración de jefes castrenses. muy ocupados en sostener sus cargos de paz. sus puestos en modas y brisantes oficinas, cada vez más distanciados de aqueBos guerreros que honraron con valor su uniforme; ctero. mucho más cerca de oscuras ceremonias "fratemaes" y de reuniones tenebrosas con antiguos y perennes sediciosos.

La patria tomará nota que cada palabra pronunciada a favor de los antiguos facciosos, no hará otra cosa que legitimar su crueldad, otorgarles una victoria que su valor no les confirió y terminarán por debilitar por completo la moral (ya lo han hecho en el plano material) y el espíritu de cuerpo. sentimientos éstos del más puro raigambre artiguista, cuna y sustento del ejército oriental desde aquel lejano mayo de 1811.

En nada cambia el trágico y oscuro panorama, que éstos u otros militares sean juzgados aquí o más allá; dejamos la extradición como un acto simbólico. El efecto es recurrente. No se juzgarán culpas reales por arbitros probos. Se condenará la victoria armada sobre el marxismo, se consumará el desquite político-jurídico por la derrota sumida en el campo de batalla. Será el trofeo a exhibir por el montonero y prepotente Kirchner.

Existió y existe la recta doctrina de la guerra justa y existieron soldados que

defendieron con honor nuestra patria aunque^elos^uiera borrar de la memoria colectiva^—

Por el contrario, nada se dirá de los victimarios, su inserción en la ofensiva guerrillera, sus actividades subversivas y su copioso material de guerra acantonado en guaridas comunistas. Ante el vergonzoso estado de amnesia es necesario salir a escena y llamar a las cosas por su nombre y a los hechos por sus causas y por sus efectos. Porque sólo el cómplice o el necio puede creer que al terrorista agazapado, camuflado y mimetizado con la población, se lo pueda atrapar con la chapa identificatoria a la vista y previo aviso de allanamiento.

Es necesario por último exclamar la necesidad que sentimos algunos que interpretamos el significado real de esta ofensiva y esta encrucijada a la que son sometidas nuestras FF.AA.: defender la guerra justa y limpia librada contra el marxismo y los procedimientos heroicos en días oscuros que ya nadie quiere recordar. Agradecer a bravos orientales de frente alta y tesón indiscutidos, mientras buscaban sediciosos planeando con extranjeros el asalto definitivo contra la nación. Los que lucharon no sólo contra rojos subversivos, sino también con la soledad del mando y los errores de cúpulas castrenses con ambición de poder y con políticos que hoy, aparecen como exentos de responsabilidades. A ellos nuestro recuerdo indeleble, a los que combatieron en todos los órdenes y evitaron —y quiera Dios también eviten— sucumbir nuestra libertad y nuestros principios. Se brindaron por lo eterno y por lo permanente; la patria les confiará un lugar selecto y brillante en su viva memoria. Debieran saberlo los artífices de esta destemplada ofensiva; debieran saber que quedarán por siempre — a pesar de todos los pesares— restos indoblegables del Ejército nacido con la nación misma y como último bastión de su defensa.

G. Hernández García C.I. 1.856.660-0